



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12172

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º a 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 11 DE JUNIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

INMIGRACION INOPORTUNA

Con este título ha publicado «El Correo Español» de Buenos Aires un artículo haciendo un llamamiento a la prensa española, para que procure contener la emigración a América, por las causas que el artículo dice:

Hélo aquí:

«Desde hace algunos meses se nota un aumento extraordinario de inmigrantes españoles en condiciones personales que hacen imposible no ya su prosperidad, sino su mera subsistencia en este país, cuando menos en los puntos actuales.

Antiguos, altos y modestos empleados cesantes de Cuba y Filipinas, individuos cuyas aptitudes no son aplicables a ningún trabajo productivo, jóvenes descarrados de toda clase y cuantos encuentran allí dificultades para la vida, creen resuelto el problema, trasladándose a América, y en gran número parece que se hubieran dado cita en Buenos Aires.

La Legación y el Consulado de España, las oficinas de la Asociación Patriótica, las de este periódico y los domicilios de compatriotas de antiguo establecidos en esta capital, se ven asediados, principalmente a la llegada de cada vapor, de multitud de pretendientes, provistos de cartas de recomendación de Ministros, de Diputados, Senadores y personajes españoles que con esas cartas eluden ó creen dejar satisfechos compromisos y apremios políticos.

El hecho asume las proporciones de un verdadero conflicto, no solo por la tarea ingratisima de solicitar empleos que no existen, sino para agricultores, ganaderos, industriales, gentes de oficio y jóvenes todavía no formados en otros hábitos, sino por el dolor de no poder remediar la situación de tanto y tanto recién venido que vagan por las calles en la mayor penuria.

Un compañero nuestro escribió esto mismo a «La Epoca», de Madrid, hace algún tiempo, y al Ministro señor Quesada se le ocurrió protestar, asegurando que aquí tenía cabida todo el mundo y que no había mas que llegar y encontrar colocación bien remunerada, con lo que demostraba desconocer la situación de su país y le hacía un flaco servicio, porque tras de no ser la inmigración a que nos referimos la que necesita la República, los desengañados se constituyen en otros tantos pregoneros para desacreditarla; pues claro es que al escribir ó al regresar a la patria no han de atribuir su fracaso a su falta de condiciones adaptables a la lucha por la vida aquí, sino a que no hay trabajo para nadie.

Al extremo a que han llegado estas cosas, es hasta un deber de humanidad ponerlas en claro, y hacer que la verdad se difunda. Urge el remedio. Necesitamos y pedimos el apoyo de los periódicos de España, a fin de hacer allí comprender que la Argentina no es un Eldorado para los que reúnen las circunstancias que hemos indicado sobre todo, para los que vienen solicitando empleos, que es como ir a buscar colufas en el golfo, pues si no existen para los hijos del país ni para los que llevan aquí muchos

años de residencia, mal pueden existir para los recién llegados.

Además, la prensa española está en cierto modo obligada a divulgar la verdad, porque su buena fé ha sido sorprendida algunas veces por agentes de inmigración sin entrañas, y sin autorización del Gobierno argentino, publicando noticias tan fallas de fundamento como la siguiente de «El Faro de Vigo»:

«La Sociedad Patriótica Española de Buenos Aires acordó en junta general de socios proteger y proporcionarles destino, con arreglo al cargo que hayan desempeñado, a todos los repatriados de Cuba y Puerto Rico que hayan militado en la campaña, así como también a los cubanos que prestaron igual servicio.»

La lectura del anterior suelto indujo a un repatriado (D. Benito Carreras, que vive General Iriarte, número 100) a venir a Buenos Aires con su esposa y ocho hijos, para sufrir las mayores penurias imaginables.

Como este caso hay muchos, muchísimos.

Véase si el asunto es grave y digno de llamar la atención de la Prensa española.

TIJERETAZOS

Dice un periódico que forzosamente tendrán que reunirse las Cortes para el mes de Octubre.

«Pero es que se piensa en alargar el plazo?

El interregno ya es abusivo para los señores.

Y no conviene tener embotellados los discursos más allá de Octubre, porque se puede armar un zapizapo.

En las islas Hawai han aparecido de pronto dos volcanes.

Eso era lo único sano que habían adquirido los yanquis desde que les dió por las colonias y lo ha salido eso par de tumores. Paciencia y barajar.

Y si por causas de habérsele hinchado al globo las narices hay que decir «me voy», feliz viaje.

Un periódico portugués pide a su Gobierno que compre Fernando Po, en cincuenta millones de pesetas.

Cuidado, que aún no hacemos los españoles almoneda.

Y no es que la venta nos molestara. Al contrario. Para que los extranjeros exploten la colonia y nosotros gastemos nuestra escasa fortuna en proteger sus intereses, vale más venderla ó regalarla.

Allí fuman los inquilinos—léase extranjeros—y escupe el propietario—léase españoles.

Pero no es extraño.

En todas partes nos pasó lo mismo.

En Roma se ha efectuado un duelo entre un ministro y un representante del país.

Este le dió a aquel un sablazo en la oreja—no se dice cual.

He ahí un golpe sentido y esencial, el cual dejará recuerdo al gobernante por el daño y el ruido que le ocasiona.

Un articulista escribe con letras como puñes:

«España ante todo».

¿Se entera ahora de eso el compañero?

Pues si hasta los carlistas lo tienen así escrito en su bandera.

«Dios, Patria y Rey».

Ellos ponen por delante a Dios.

Y yo no lo pongo porque no hace falta.

Lo que está sobre todo, qué vamos a señalarle sitio!

Libremo Dios de tal atrevimiento.

REPLICA

El último discurso pronunciado por el Sr. Maura, en el Ateneo de Madrid, en el cual se ocupó de cosas de Marina, esgrimiendo el arma de la censura, ha provo-

cado la siguiente réplica del marino señor Lazaga, réplica que aparece en el «Diario de la Marina» recibido ayer:

EL SR. MAURA EN EL ATENEO

Sin disfraces, sentándonos ni condecorados voy a escribir este artículo. Lo haré frente a frente y cara a cara: en igual forma que el Sr. Maura pronunció su discurso el jueves último en el Ateneo.

Ya que ese señor lleva ya cuarenta años matutando a la Marina, van a dar, por una vez, siquiera, lo que debe oír, lo que yo voy a decirle impulsado por los ímpetus de mi conciencia y haré ya de sus eternas predicaciones desacreditadas de una colectividad digna y respetable, a la que no pierde ocasión de echarle encima la boga con que atavia su intolerante y depravada crítica.

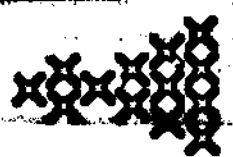
Me decido a atacar y censurar el discurso del Sr. Maura, por yome de conocimiento del asunto que en él trata; por orgulloso, aunque él haya procurado darme apariencias de sinceridad; por ofensivo, aún que él siempre proteste que no quiere ofender.

Dicha oración que escuché, fue como todas las del Sr. Maura cuando trata de temas de Marina; campearon en ella los adjetivos hirientes, la malevolencia, el apasionamiento y la injusticia.

Su divisa, su finalidad consistió en hacer salir sistemáticamente, el «vicio» de la Marina, a un instituto armado de la Nación que ha necesitado más valor para defenderse a sus detractores, que para presentarse ante el moribundo fuego de los enemigos; instituto honrado y caballeroso que, habiendo con su sangre de sus héroes las cubiertas de los buques mientras el diablo de la guerra se medita nuevas aglomeraciones de buques, dedicaba al placido sport de los discursos.

El Sr. Maura al ir contra la Marina, va contra la Nación.

El Sr. Maura perpetra, inconscientemente sin duda, un delito de lesa Patria, al predicar un día y otro a la opinión que no debe dar una sola peseta para rearmar el poder naval mientras no se consiga la Administración de la Armada, mientras no se haga desaparecer el supuesto desbarajuste de sus servicios, como si la Marina



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



más largo se conmovió y entrambos se pusieron a llorar como niños. Mi padre envió al señor de Tell un cartel de desafío y el injuriador tuvo de acordarse de aquel duelo por algún tiempo.

A no haber sido por el doctor no se habría sabido la generosa defensa del fiel servidor; pero Nicolás lo cogió ojeriza al médico, y su odio le duró largo tiempo, pero fue también por otro motivo.

Vivia con nosotros una tía joven muy estimada, hermana de mi padre. Yo la quería mucho, porque era tan buena como hermosa, y no me extrañaba por lo ni mucho que todos la quisieran; y entre otros hasta el doctor que era joven excelente y apreciado en todo el país.

Al principio, Nicolás veía con muy buenos ojos al doctor y hasta había llegado a tenerle por un joven guapo y excelente porque, montado a caballo tenía una magnífica figura. Mas, cuando el doctor empezó a frecuentar más a menudo la casa de la tía María, Nicolás empezó ya a mirarlo con malos ojos tratándole con cortés desdén, pero con frialdad, como a una persona que le fuera completamente extraña. Al principio había rechazado hasta con él y una vez que se sentaron en una sala algo más de lo regular, Nicolás mientras le ayudaba a ponerse el abrigo, murmuró:

guntaran como había pasado la cosa, pues a nadie contestó nada.

Estaba muy malo; al día siguiente, se había agravado tanto que fue preciso enviar a buscar un médico, y éste al fin pudo saber lo que había pasado. Una semana antes, mi padre había reprendido al primer camarero y éste al día siguiente pasó a servir a un tal señor de Tell, a quien ya antes había servido, que era alemán y enemigo declarado de mi padre.

Ahora bien, aconteció que el señor de Tell había ido también a la feria acompañado de nuestro excamarero, y de otros criados suyos a vender buques cebados. Apenas el señor de Tell que iba a caballo, vió a Nicolás aproximarse al coche de éste y empezó a vomitar injurias contra mi padre, y Nicolás le contestó con un latigazo en la cara. Como era natural, el excamarero y los demás criados del séquito del señor Tell se le echaron encima y le apalearon hasta dejarle tendido y ensangrentado en tierra. A mi padre, cuando supo esto le vinieron las lágrimas a los ojos.

No podía perdonarse el haber regañado de tal manera a Nicolás, mientras éste había tenido la delicadeza de guardar silencio sobre lo acaecido. Cuando estuvo curado, mi padre le pidió por su ofensa: al principio Nicolás no quería despegar los labios y refulgaba entre dientes como tenía por costumbre,

ca; buscáronle por todas partes pero no hallaron rastros de él.

En Ustrya que era a donde había sido enviado, sabían que había estado allí, pero que no había encontrado en casa a nuestro vecino, y que se había enterado de donde le podría encontrar, y pidiéndole prestados al criado cuatro rublos, se había marchado, sin que supiera nadie a donde se había dirigido. Esto hizo perder la pista a los que habían ido en su busca; y cuando, al día siguiente fueron expedidos otros individuos a los pueblos inmediatos en busca de noticias y hubieron regresado diciendo que no se le había visto en parte alguna, ya no oyo duda alguna de que había muerto. Por fin, a la tarde del sexto día, mi padre que se hallaba en su despacho, ocupado en tomar ulteriores disposiciones, oyó un ruido especial de pisadas, luego oyó escurrir y regresar a la puerta y en estas señales lufalibles reconoció inmediatamente a Nicolás. Efectivamente era él, pero tan desfigurado que estaba desdibujado, demacrado, rendido, medio aterido de frío con los bigotes blancos por la helada. Preguntó en este estado a mi padre, quien le preguntó:

—¿Qué diablos has hecho Nicolás? ¿dónde estabas te has metido en estos días?

—¿Qué he hecho?—gritó Nicolás, ¿qué me has hecho? No hallé en casa al señor Ustrya, corrí a Ra-